

PLATICA DEL RVDO. P. MANUEL MARTINEZ CANO EN LA SANTA MISA DEL SABADO 10 DE OCTUBRE

Queridos hermanos en los purísimos corazones de Jesús y María. ¡Qué bien se está con los amigos! Qué contentos y felices estamos aquí, en la cumbre del Tibidabo, junto al Corazón de Jesús, escuchando la hermosa doctrina que tan profundamente están exponiendo nuestros hermanos en esta XXVI Reunión de amigos de la Ciudad Católica.

Poco o nada puedo yo aportar al acervo doctrinal, magistralmente desarrollado en esta Tribuna de Speiro. Pero, no obstante, voy a dejar caer en este fecundo campo de los amigos de la Ciudad Católica, un granito, una semilla, cultivada por los mejores hijos de la Iglesia, los santos.

Sí, libertad; pero auténtica libertad. Porque eso a lo que hoy llaman libertad, no es más que el retorno luciferino del pecado de soberbia, no es más que la esclavitud de las pasiones desordenadas: es el imperio de Satanás sobre las almas, la esclavitud de los hijos de las tinieblas.

Libertad, sí; pero auténtica, que no es otra que la libertad de los hijos de Dios. Porque sólo donde está Dios, hay libertad, porque sólo «donde está el Espíritu del Señor está la libertad» (2 Cor. 3,17), como dice San Pablo. Y, como dice Nuestro Señor, sólo «la verdad os hará libres». Y la Verdad es Dios. Sin Dios no hay libertad. Sin Dios sólo se da la esclavitud de Satanás.

Precisamente celebramos hoy el estallido de libertad más maravilloso que ha conocido la Historia de la humanidad. Celebramos la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, el día de la Hispanidad «el hecho más grande y maravilloso entre los hechos humanos», en palabras de León XIII, que Su Santidad Juan Pablo II ratificó hace sólo tres años en Zaragoza, «He venido... a postrarme ante la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad, para dar gracias a Dios por esa gesta y por la contribución de hombres y mujeres de España en una sin par obra de evangelización».

Pueblos enteros que yacían en las tinieblas del error y en la esclavitud de falsas religiones, fueron rescatados para el Dios Altísimo, por los hijos de España. Sí, nuestros antepasados conquistaron para los indios la auténtica libertad de los hijos de Dios.

Sí, sin Dios no hay libertad. Recientemente lo ha recordado

la Congregación para la doctrina de la fe: «cuando el hombre quiere librarse de la ley moral y hacerse independiente de Dios, lejos de conquistar la libertad, la destruye». Y Su Santidad Juan Pablo II apostilla: «porque solamente la libertad que se somete a la verdad conduce al ser humano a su verdadero fin, Dios».

Sí, hermanos, la libertad sólo adquiere sentido en el cristianismo, en la Iglesia de Cristo, porque sólo Jesucristo nos libra de la esclavitud de las pasiones desordenadas y del pecado y sólo El nos ha reconciliado con Dios Nuestro Padre, por medio de su Pasión y Muerte. Sin Cristo no hay libertad, porque sólo Cristo es la verdad que nos hace libres. «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

Sí, sólo la verdad nos da la libertad. Y esa verdad subsistente que existe en el Padre, se comunica al Verbo y por medio de Cristo llega hasta nosotros, liberándonos de la esclavitud del error y de la mentira: «Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (San Juan, 18,37). Si «permanecéis en mi palabra... conoceréis la verdad y la verdad os hará libres».

Seremos libres, pues, si vivimos en la verdad como vivieron los santos, como vivió Sor Isabel de la Santísima Trinidad: «Yo tengo necesidad de Ti, verdad eterna, para librarme de la esclavitud de tantas debilidades, de tantas miserias y pasiones como oscurecen y ciegan los ojos de mi alma, impidiéndome seguir totalmente el bien y la verdad que Tú mismo enseñas. ¡Oh Jesús! Haz que yo busque y ame siempre tu verdad, aun cuando esa verdad me fustigue y sea para mí como espada de dos filos que ponga al desnudo mi miseria, mis defectos y errores; que tu verdad penetre y empape todo mi ser y todas mis acciones; que sepa despreciar con valentía toda luz que no procede de Ti ¡Oh único Maestro mío! Hazme comprender la vanidad de toda ciencia y todo pensamiento que no sea un reflejo de tu verdad. Sumerge mi alma en el océano de tu luz, derrama abundantemente en mi entendimiento y en mi corazón tu verdad. Uneme contigo, verdad eterna. ¡Oh Jesús, Verbo encarnado, palabra encarnada de mi Dios! Enseña e instruye a mi alma, pues yo quiero aprender las cosas de Ti, quiero pasar mi vida escuchándote».

Atención, hermanos, tengamos esto muy presente: La verdad que nos hace libres, es vida vivida en el Verbo encarnado. No lo olvidemos nunca, porque para que nosotros vivamos en libertad, hemos de vivir esa misma vida divina, injertándonos en la vida del Verbo encarnado, incorporándonos al Cuerpo Místico de Cristo, por medio de la gracia santificante. Para eso, para

que nosotros participáramos de la vida divina, y nada más que para eso, la verdad se hizo vida encarnada. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante».

Vivamos siempre en gracia, jamás vivamos en pecado. Mil veces morir antes que pecar. Vivifiquemos nuestra vida, en la vida de Cristo «porque el que tiene al Hijo tiene la vida, pero el que no tiene al Hijo tampoco tiene la vida» (1 Jn. 5,12), sino que vive la muerte del alma, la esclavitud de los hijos de las tinieblas, en esta vida, y después la esclavitud eterna del infierno.

Por el bautismo, nacimos a esa divina vida. Sigamos edificando nuestra vida en Cristo con fervor y entusiasmo, con la confesión frecuente, la comunión diaria, el Santo Rosario, la oración y el sacrificio, la práctica de las virtudes, la fructificación de los dones del Espíritu Santo. Y no nos cansemos de pedir al Señor, con la liturgia oficial de Nuestra Santa Madre Iglesia: «¡Oh Dios! ... concédenos que seamos coparticipes de la divinidad de aquel que se ha dignado hacer partícipe de nuestra humanidad».

¡Qué maravilla! Hermanos, podemos vivir la misma vida divina, ¡somos hijos de Dios!, y como tales, podemos vivir en este valle de lágrimas auténticamente libres.

El alma que vive la vida divina sólo debe ocuparse en potenciarla y robustecerla. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia» dice el Señor, y también pide nuestra colaboración en esta divina tarea. Porque sin el concurso de nuestra voluntad, podemos estancarnos y permanecer años y más años en el estado inicial de vida divina recibida en el bautismo. ¡Cuántos adultos ancianos en la vida natural y todavía niños en la vida sobrenatural! ¡Qué pena!

Manos a la tarea. Arranquemos de nuestras almas todas las malas hierbas que abogan la gracia de Dios. Luchemos denodadamente con el hombre viejo que nos ata a esta tierra y vivamos en toda su plenitud la vida divina «para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro tiempo» (2 Cor. 4, 10-11).

Porque de esto se trata, hermanos, de dar testimonio público de nuestra vida cristiana en este mundo pagano y anticristiano. El Papa lo está pidiendo insistentemente. Hace poco Su Santidad Juan Pablo II decía a los cartujos: «Nuestra época está muy necesitada de vuestro ejemplo y de vuestro servicio; los hombres necesitan ponerse a la búsqueda de lo absoluto y verlo en cierta manera comprobado por un testimonio vivido. Vuestro papel estriba precisamente en dárselo a conocer».

Misión que no es exclusiva de los cartujos, ni mucho menos; es obligación perentoria de todos y cada uno de los cristianos, especialmente de los católicos españoles. Juan Pablo II nos dijo textualmente: «El Papa confía en los seculares españoles y espera grandes cosas de todos ellos para gloria de Dios y para salvación de los hombres».

«Están llamados a crear de nuevo, desde la inmensa riqueza cultural de los pueblos de España, una auténtica cultura de la verdad y del bien, de la belleza y del progreso».

«En la España del Siglo de Oro florecieron magníficos testimonios de santidad por la Reforma Católica y el Concilio de Trento. (Así deben) «florecer ahora, en la época de renovación eclesial del Vaticano II, nuevos testimonios de santidad, especialmente entre los seculares de España».

«Es necesario que los católicos españoles sepáis recobrar el vigor pleno del espíritu, la valentía de una fe vivida, la lucidez evangélica iluminada por el amor profundo al hombre hermano».

«Tengo confianza y espero mucho de la Iglesia en España».

Hermanos, no defraudemos al Papa, seamos fieles a su llamamiento, seamos santos. Transmitamos la vida de Cristo a nuestros contemporáneos. Vida vivida en Cristo en nuestro testimonio cotidiano. Porque los sermones y conferencias, aunque sean necesarias, hoy caen en oídos sordos. Lo que necesita el mundo contemporáneo es hombres y mujeres que puedan decir con verdad con San Pablo «para mí la vida de Cristo» (Fil. 1,21) y no mis estudios, mi cátedra o mis negocios. Nuestros contemporáneos necesitan testimonios vivos de hombres y mujeres que manifiesten con sus obras lo que vivió y manifestó el Apóstol de las gentes: «ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí» (Gal. 2,20).

Basta ya, hermanos, de perder el tiempo, comentando lo que ha dicho éste o lo que el otro dejó de decir. El tiempo es gracia, vida divina. En esta Santa Misa, pidamos al Señor que nos transforme, que nos divinice. Pidámosle con el mismo fervor como lo pedía la Beata Sor Isabel de la Santísima Trinidad «¡Oh fuego comunicador, Espíritu de amor! desciende sobre mi alma como una nueva encarnación del Verbo. ¡Qué sea yo la humanidad en que El renueve su misterio!», para que seamos la luz de Cristo en este mundo endemoniado.

Ya he dicho que los hijos de las tinieblas llaman libertad a lo que no es más que el retorno del pecado luciferino de soberbia; de ahí ese culto frenético al ego y al mismísimo diablo. Rindamos nosotros culto al Dios Altísimo las veinticuatro horas

del día. Anonadémonos, venzámonos a nosotros mismos, destruyamos nuestro yo, y seremos auténticamente libres.

Yo creo, hermanos, que el fruto más hermoso que podemos sacar de esta Reunión de amigos de la Ciudad Católica, sería que todos y cada uno de nosotros hiciéramos la promesa al Sagrado Corazón de Jesús de cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios, que saliéramos del Tibidabo con el firme propósito de ser esclavos de la voluntad divina, porque sólo «entonces el alma será verdaderamente grande, verdaderamente libre, porque así tiene su voluntad encerrada en la de Dios» (Beata Sor Isabel de la Santísima Trinidad).

Vivamos encerrados, esclavos de la voluntad de Dios, que eso es la santidad. El mismo Señor se lo reveló a Santa Catalina de Siena: «sabe, pues, que todo lo que hacen mis siervos está en esto, en que hagan mi voluntad, y por eso todo esfuerzo lo deben poner en cumplirla perfectamente. Porque cuanto más cumplen mi voluntad tanto más perfectos son, porque se acercan más a Mí, que soy suma perfección».

Y el mismo Señor nos señala el camino a seguir: «Si quieres hacer mi voluntad, en la cual consiste tu bien, es necesario que mortifiques y niegues toda voluntad propia en todas las cosas, porque cuando más mueras a ti, tanto más vivirás en Mí y cuanto más quites lo que es tuyo, más pondré lo que es mío».

Eso es vivir santamente, entregar nuestro entendimiento y voluntad al mismo Dios que nos creó libres. La santidad es dar la vida día a día, hora a hora, al Señor de Cielos y Tierra. Y si llegara el caso, dársela heroicamente como se la dieron las tres azucenas del Carmelo de Guadalajara y los innumerables mártires de nuestra última cruzada. ¡Oh Dios! «el cielo con una sola llamarada se ha colonizado» (Paúl Claudel).

Sí, el cielo se ha colonizado de mártires españoles. Pero no olvidemos nunca, hermanos, que nuestros mártires dieron sus vidas, para que nosotros viviéramos la vida divina. No lo olvidemos porque, los mismos que los martirizaron, quieren esclavizarnos ahora a nosotros en la muerte del pecado, promovida por todos los medios que hoy tienen a su disposición.

Hagamos honor a nuestros mártires. Vivamos en toda su plenitud la vida divina. Vivamos en la verdad que nos hace libres. En esa verdad que es vida, en esa vida que es amor. Vivamos de amor, porque sólo en la fuerza unitiva del amor, se puede dar la unión de la voluntad humana con la voluntad divina. Y sólo entonces, cuando estemos identificados con la voluntad divina, gozaremos de la auténtica libertad de los hijos de Dios.

Con Iñigo de Loyola, hombre vano y desgarrado, que por el vencimiento propio y la contemplación del amor, llegó a ser el santo de «la mayor gloria de Dios», hagamos ahora nosotros la oblación de nuestra libertad al Señor: «Tomad Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me los disteis, a Vos Señor lo torno, todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta».

Y aquí podía dar por terminada esta plática o sermón. Pero no me quedaría tranquilo si nos os transmitiera ahora el testimonio de Sonia Díaz Parga, joven de dieciséis años de nuestra asociación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, que el año pasado hacía en esta misma capilla sus primeros ejercicios ignacianos y que el Señor se la llevó consigo al Cielo hace sólo tres meses, dejando entre nosotros el aroma de su santidad. Ya se la ha definido como «la joven que quiso hacer siempre y en todo la voluntad del Señor». Efectivamente, ese fue su más ardiente deseo y quienes la conocieron bien, así lo han afirmado. He aquí algunos pensamientos sacados de su diario espiritual:

«¡Señor, deseo tu santa voluntad!

Toda la vida de Jesús tuvo una constante que realizó a la perfección hasta llegar la muerte: hacer la voluntad de Dios.

Pienso que la meta de todo cristiano es amar, pero amar a Dios y de tal manera que nos olvidemos siempre de nosotros mismos para hacer la santa voluntad de Dios.

Hacer la voluntad de Dios es el más grande y hermoso precepto divino. Es la negación constante del yo, la donación libre de nuestra libertad, la confianza plena en El, el abandono perfecto a su Providencia; es demostrar nuestra impotencia y dependencia total y plena a quien hizo el cielo y la tierra.

Exige disponibilidad y prontitud confiada, pues a menudo la voluntad de Dios al principio aparece difusa, pero el tiempo deja verla con claridad de mediodía.

Cuando se ama a una persona, se está pendiente de ella. Cuando se ama a Dios, se está siempre dispuesto a cumplir su voluntad de una manera generosa y alegre.

¡Lo que Dios quiera!

¡Que no se haga mi voluntad sino la tuya!

¡Si Dios quiere!

¡Lo que Tú quieras, Señor!

¡Señor, quédate tú mi voluntad y hazla servir a tu antojo!».

El testimonio de Sonia nos reafirma hoy en la verdad de

LA VERDAD DE LA LIBERTAD

siempre: La santidad no es una utopía, sino una hermosa realidad. Vivamos como Sonia esclavos de la voluntad divina.

Y con la Virgen María, seamos esclavos del Señor. Digamos con Ella: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según Tu palabra». Vivamos la esclavitud mariana, vida cristiana reservada por Dios Nuestro Señor para los últimos tiempos. Sí, siempre fieles hijos de la Virgen Santísima. Vivamos en su regazo como niñitos confiados y alegres. En fin, con Juan Pablo II, el Papa de la Virgen, digámosle a Nuestra Madre del Cielo:

TOTUS TUUS MARIA

Sí. Vivamos la esclavitud mariana. Así viviremos la auténtica libertad de los hijos de Dios.

LA VERDAD DE LA LIBERTAD

Palabras en el Acto Litúrgico final de la XXVI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, en el Tibidabo, el 13 de octubre de 1987.

Gracias, Señor, por habernos dotado de libre albedrío, y habernos señalado cauces de realización perfecta de la libertad, que son las tablas del Sinaí y las Bienaventuranzas evangélicas.

Gracias también, Señor, por hacernos responsables del ejercicio personal y social de nuestra libertad. Ni nos sentimos condenados a ser libres ni nos preguntamos escépticamente «la libertad para qué». Aprendimos de Ti y de tu Santísima Madre a decir sí al Padre, que nos llama a ser perfectos por libertad y gracia, como Tú eres perfecto por naturaleza.

Sabemos, Señor, y estos días lo hemos repensado bien, que nuestra libertad o autonomía no es absoluta. Originariamente no nos hemos hecho nosotros libres, sino que somos hechura tuya, y, formalmente, el ejercicio de nuestra libertad limita necesariamente, en su principio, la apetencia del bien en común, y en su término, la saturación definitiva de la posesión de Dios en el Cielo, donde los Bienaventurados no podrán apetecer ni elegir otra cosa. Santa Teresa expresaba esto así: «¡Oh cuándo será aquel dichoso día; que te has de ver ahogado en aquel mar